

238.

G.

BX1751

G3

V. 8

1883



Es propiedad.



Biblioteca Pública del Estado de Yucatán
Calle Alvarado

CATECISMO DE PERSEVERANCIA.

PARTE CUARTA.

LECCION XXXI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tres misterios.— Sabiduría de la ley de la purificación.— Humildad y obediencia de María.— Ejemplo para las madres cristianas.— Ceremonias de la misa de purificación.— Presentación.— Humildad y abnegación del niño Jesús.— Sacrificio de María.— Encuentro del santo anciano Simeón.— Sus predicciones.— Su cántico de muerte.— Origen de la fiesta de la Purificación.— Sabiduría de la Iglesia.— Disposiciones para esa fiesta.

Desde Navidad hasta la Purificación, la Iglesia nos mantiene en constante adoración delante del Niño de Belén. Quiere que nos penetremos profundamente de las lecciones que éste nos da, porque su pesebre es una cátedra elocuente desde la cual nos instruye. Cuarenta días después de la Natividad del Salvador, la Iglesia nos convoca solemnemente; empero no es ya el pesebre donde presenta el Dios-Niño a nuestras adoraciones: el templo de Jerusalén va a recibir por primera vez una Víctima digna del Dios que en él se adora. Encaminémonos a la santa ciudad, precedidos de María que lleva en brazos a su Hijo. Aquel anciano que anda a su lado pisando el polvo del camino es san José, el virtuoso descendiente de la real estirpe de David.

El día 2 de febrero ofrécese tres misterios a nuestras meditaciones: *La Purificación de la Virgen María, la presentación de Jesús en el templo, y el encuentro de los santos ancianos Ana y Simeón.*

I. Purificacion. — Hijo de un padre culpable, el hombre queda manchado desde el instante mismo de su concepcion; siguiéndose de aquí que su nacimiento imprime una especie de mancha en su madre: dogma profundo y terrible, fuente de humildad, de pureza, de santo horror para los padres, cuya memoria quiso Dios que se perpetuase de generacion en generacion. Y hé aquí que este Dios tres veces Santo, al dictar sus leyes á Moisés, le dice: «Habla á los «hijos de Israel y díles: Si la mujer pariere varon, será inmunda «cuarenta dias; no tocará ninguna cosa santa, ni entrará en el «santuario hasta que sean cumplidos los dias de su purificacion. «Mas si pariere hembra, será impura ochenta dias. Y luego que fue- «ren cumplidos los dias de su purificacion, por hijo ó por hija, lle- «vará á la entrada del tabernáculo un cordero de un año y un pi- «chon ó una tórtola ¹.»

El sacerdote ofrecia el cordero en holocausto, en reconocimien- to del supremo dominio de Dios y para darle gracias por el feliz alumbramiento de la madre. El pichon, ó la tórtola, se ofrecia *por el pecado*. Despues de este doble sacrificio, la mujer quedaba pu- rificada de su impureza legal, y volvía á adquirir sus primitivos derechos. El Señor, hablando á Moisés, añadió: «Si la mujer no «tuviese con que comprar un cordero, ofrecerá dos tórtolas ó dos «pichones, el uno para el holocausto y el otro por el pecado; y el «sacerdote hará oracion por ella, y de esta manera será puri- «ficada ².»

María, á quien su divino parto habia hecho mas pura y mas vir- gen, no tenia, por cierto, necesidad de sujetarse á la ceremonia de la purificacion; mas, esto no obstante, quiso sujetarse á ella, y ateniéndose á la letra de la Ley, se presentó en el templo cuarenta dias despues del nacimiento del Salvador. Siguiendo el ejemplo de su Hijo, que ocultaba su divinidad bajo la debilidad propia de la infancia, María quiso ocultar su calidad de Madre de Dios condu- ciéndose exteriormente como las demás mujeres. Ahora bien, ¿ es- tamos nosotros animados del espíritu de Jesús y de María ³? El hombre orgulloso se apresura á publicar sus preeminencias, y aun

¹ Levit. xii.

² Levit. xii.

³ Sicut Christus, licet non esset legi obnoxius, voluit tamen circumcisio- nem, et alia legis onera subire ad demonstrandum humilitatis et obedientiæ exemplum, et ut approbaret legem, et ut calumniæ occasionem judæis tolleret;

á veces se atribuye las que no tiene: ¿ lo hacemos nosotros así? El humilde, contento con ser visto de Dios, halla sus delicias en la oscuridad: ¿ seguimos nosotros su ejemplo?

María, como pobre y como madre de un Niño que, segun las pro- fecías, debia nacer y morir pobre, se presentó en el templo con dos tórtolas, conforme lo mandaba la Ley. La hija de David, la madre del Mesías, no pudo presentar mas que la ofrenda de los pobres. ¡ Ah! cuando veo que se menosprecia la pobreza, no puedo conte- ner mi enojo é indignacion. ¡ Hay con frecuencia tanta nobleza en la miseria! ¿ Quién os dice que bajo ese vestido tan humilde no se oculte el hijo de un rey? ¿ que ese velo usado no oculte una reina? Quizás algun rico orgulloso de Jerusalem miró con desprecio á aque- llos dos esposos que tan solo llevaban al templo las dos tórtolas de los pobres; tal vez bajo el atrio, junto al altar de los sacrificios, el hombre con manto de púrpura y con sandalias doradas disputó el paso á José y á María. ¡ Pues sabe, ó necio favorito de la fortuna, que ese hombre que lleva las dos tórtolas es un descendiente de tus antiguos reyes! ¡ que esa mujer tan tímida, tan bella y humilde, es una hija de David! ¡ que ese niño... es el Señor del mundo! Si él quisiese, con su manecita derribaria las columnas de tus palacios, arrancaria los cedros de tus montañas y talaria las mieses de tus campos ¹. Esta ofrenda, por humilde que te parezca, es mil veces mas agradable que las tuyas, porque el corazon que la hace es el mas perfecto, es el corazon que Dios considera como el alma de los sacrificios. Acordémonos siempre de estas verdades, y procuremos que una caridad viva y sincera haga meritorias nuestras menores acciones.

La Purificacion de María, tal es, pues, el primer misterio que el dia 2 de febrero ofrece á nuestras meditaciones.

Aunque los ritos judáicos quedaron abolidos desde la promulga- cion del Evangelio, sin embargo entre las madres cristianas ha pre- valecido la costumbre de imitar, al salir de casa por primera vez, el ejemplo de la santa Virgen que se sometió voluntariamente á una ley que no la concernia. Las madres cristianas van á la iglesia á re- cibir la bendicion del sacerdote, y á demostrar su reconocimiento á

propter easdem rationes voluit et matrem suam implere legis observantias, qui- bus tamen non erat obnoxia. (D. Thom. 3 p. q. 37).

¹ Cuadro poético de las fiestas, pág. 92.

Dios ; pero no van con la intencion con que las mujeres judías iban al templo, sino únicamente para pagar al Señor un justo tributo de alabanzas y acciones de gracias. Oigamos lo que dice sobre este particular el papa Inocencio III :

«Si las mujeres entran en la iglesia inmediatamente despues de su alumbramiento, no pecan por esto, ni debe vedárseles la entrada; pero si, movidas de un santo respeto, prefieren abstenerse de ello «por algun tiempo, opinamos que no debe condenarse su devocion ¹.» La Iglesia, léjos de condenar su devocion, la fomenta. En algunas diócesis se ha fijado cierto número de dias, finidos los cuales las madres van á la iglesia á recibir la bendicion , y es menester conformarse á esta práctica. En los lugares donde no haya costumbre ni disposicion alguna acerca del particular, toda madre cristiana ha de cumplir con este deber luego que pueda salir de casa sin peligro de su salud. Y á la verdad, es muy justo que su primera visita sea á la casa de Dios.

Al llegar allí, ha de dar primeramente gracias á Dios por su feliz alumbramiento, rogándole que haga descender su bendicion sobre ella y sobre su hijo. Luego debe rogarle que le conceda los auxilios que necesita para educar en la virtud á la criatura que ha dado á luz, y hacer el firme propósito de preservar su alma del pecado. Y en realidad, ¿de qué le serviría el haber llegado á ser madre, si el fruto de sus entrañas tuviese que caer bajo el poder del demonio y ser despues condenado á los eternos tormentos del infierno? Consagre, pues, su hijo al Señor, el cual no dejará de aceptar su sacrificio si procura reunir las disposiciones en que se hallaba la santa Virgen en el dia de su purificacion.

Nada hay mas propio para inspirarle estas disposiciones que las ceremonias de la misa de purificacion. La madre cristiana que va á recibir la bendicion despues de su alumbramiento se detiene á la puerta de la iglesia, y se arrodilla teniendo una vela encendida en la mano para manifestar su indignidad de comparecer á la presencia de Dios y su ardiente deseo de alcanzar sus misericordias. El sacerdote, revestido con sobrepelliz y estola blanca, se acerca á ella y recita el salmo xxiii: *Del Señor es la tierra*, etc., hermoso cántico, sumamente adecuado á esta circunstancia. En seguida repite á la madre cristiana las virtudes que han de proporcionarle á ella y á su

¹ Cap. unic. de Purif. post partum.

hijo la dicha de morar en la santa montaña de Sion ; recuérdale el dominio absoluto de Dios sobre todo cuanto existe, la consiguiente gratitud y sumision que le son debidas, y por último, despues de haberle dado estas grandes lecciones, le presenta la extremidad de la estola, y le dice: «Entra en el templo de Dios, adora al Hijo de «la bienaventurada Virgen María, que te ha dado la fecundidad ¹.»

El sacerdote presenta á la madre la extremidad de la estola. ¿Qué significa esta ceremonia? La estola es el emblema del poder sacerdotal, y, al presentarla el sacerdote á la mujer, le dice en lenguaje simbólico: En nombre de Dios, de quien hago las veces, sé purificada de las impurezas que hayas podido contraer; el Señor te permite entrar en su templo, y acepta la demostracion de reconocimiento que vienes á hacerle.

Al llegar la madre cristiana al pié del altar, dícele el sacerdote que el Señor educa las familias; que ha de poner en él toda su confianza para desempeñar el arduo deber de la educacion de su hijo, y llama sobre la cabeza de la nueva Eva todas las bendiciones del cielo. Y ciertamente, ¿hay alguna otra circunstancia en que la mujer tenga mayor necesidad de estas bendiciones? ¿No es ella, pobre criatura, la encargada de formar un ciudadano útil á la sociedad temporal, un hijo para la Iglesia, un hermano para Jesucristo, un santo para el cielo? ¿No se decide acaso en el regazo materno el porvenir del hombre, la paz de las familias y la felicidad del mundo?

Poseidos de tan graves pensamientos, el sacerdote y la madre cristiana entablan al pié del altar, en presencia del Dios de los Ángeles, uno de aquellos diálogos inimitables que en vano se buscarian fuera de nuestro culto católico. El sacerdote dice á la mujer: No desmayes, nuestro auxilio está en el nombre del Señor; y la madre responde por boca del asistente: Que hizo el cielo y la tierra.

El sacerdote: Señor, salva á tu sierva.

La madre: Ya sabes, ó Dios, que en tí pone ella su esperanza.

El sacerdote: Envíale tu auxilio desde lo alto de tu santuario.

La madre: Protégela desde lo alto de la santa Sion.

El sacerdote: Haz que el enemigo no pueda nada contra ella.

La madre: Y que el hijo de la iniquidad no llegue á dañarla.

¹ Esta ceremonia no se practica en España, cuando las recién paridas se presentan al templo por primera vez á dar gracias á Dios por su feliz alumbramiento. (Nota de los Editores).

El sacerdote: Señor, oye mi oracion.

La madre: Y llegue á tí mi clamor.

El sacerdote: Oremos. Dios eterno y todopoderoso, que con el dichoso parto de la Virgen María trocaste en alegría los crueles dolores de las madres, vuelve tus ojos bondadosos á tu sierva, y por la intercesion de aquella augusta Reina, haz que la que hoy viene á tu templo para tributarte solemnes acciones de gracias, llegue con su hijo á la felicidad eterna. Por Jesucristo nuestro Señor, etc.

La madre: ¡Amen! ¡Así sea!

El sacerdote le dice algunas palabras edificantes para fortalecer los sentimientos de reconocimiento y piedad que la conducen al pié de los altares, é inducirle á consagrar al Señor su vida y la de su hijo; y si, cual otra Raquel, llora la temprana muerte de éste, la alienta con palabras consoladoras, recordándole la dicha que le cabe de ser madre de un ángel. Ahora bien, ¿habrá una madre cristiana, una madre que comprenda sus deberes y su dignidad, que pueda dispensarse de esta bella ceremonia? ¡Omítanla en buen hora aquellas que no tengan que tributar al Señor acciones de gracias por la conservacion de su vida y la de su hijo; que no necesitan recibir consejos ni consuelos, ni pedir bendiciones celestiales para llevar á cabo la educacion del hijo que Dios ha confiado á sus cuidados!

El sacerdote bendice el pan que la madre le presenta. Esta costumbre trae á la memoria las dos tórtolas de María, y demuestra los deseos de la madre de tomar parte en el sacrificio que se ofrece á la Iglesia. El sacerdote, al darle á besar la cruz impresa en la estola, la bendice diciendo: La paz y la bendicion del Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo desciendan sobre tí y sobre tu hijo, y permanezcan en vosotros para siempre. La madre responde: *Amen*.

El sacerdote termina rociando á la madre con agua bendita, á fin de purificarla y hacerla mas santa, mas fiel á sus nobles deberes y mas digna de los beneficios de Dios.

II. Presentacion.—El segundo misterio que la Iglesia venera el dia 2 de febrero es la presentacion del Niño Jesús en el templo. Ya sabeis que el Ángel exterminador, que quitó la vida á todos los primogénitos de los egipcios, perdonó á los de los hebreos. En memoria de este acaecimiento, y para manifestar su poder supremo sobre todas las criaturas, el Señor dictó á Moisés la siguiente ley: «Con-
«ságrame todo primogénito, tanto de hombres como de animales,

«porque mias son todas las cosas. Y cuando te preguntare tu hijo el «dia de mañana, diciendo: ¿Qué significa esto? le responderás: Con «mano fuerte nos sacó el Señor de la tierra de Egipto, de la casa «de la esclavitud. Porque habiéndose endurecido Faraon, y no que- «riendo dejarnos ir, mató el Señor á todo primogénito en la tierra «de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito «de las bestias: por esto sacrificio del sexo masculino al Señor todos «los primogénitos de las bestias, y rescato todos los primogénitos «de mis hijos ¹.»

Rescatábanse los primogénitos con una cantidad módica que consistia en cinco siclos de plata. Así, pues, María llevó su Hijo al templo para ofrecerlo al Señor por manos del sacerdote; dió los cinco siclos para rescatarle, y luego lo recibió en sus brazos como un depósito confiado á su solicitud, hasta tanto que el Padre eterno se lo pidiese para cumplir la obra de la redencion del linaje humano.

Es indudable que el Niño Jesús no estaba comprendido en aquella ley, porque, como dice san Hilario, si el hijo de un rey y heredero de su corona está exento de toda servidumbre, ¿con cuánta mas razon Jesucristo, que era el redentor de nuestros cuerpos y de nuestras almas, debia estar dispensado de rescatarse á sí mismo ²? Pero este divino Salvador queria darnos un ejemplo de humildad, obediencia y piedad; queria renovar en el templo públicamente la oblacion que hiciera ya á su Padre desde el instante en que se encarnó. En aquel dia Jesús aceptó de un modo solemne la cruz, los suplicios, la corona de espinas, la ignominiosa caña, la túnica de irrision, la hiel, el vinagre y la muerte. Por su parte, el Padre eterno aceptó un sacrificio capaz de desarmar su cólera irritada por nuestros crímenes, y de librar nuestras almas de aquel fuego devorador que nunca se apagará ³.

¿Queremos penetrar el espíritu de este misterio? ¿Y cómo no lo hemos de querer? ¿No nos dice el Salvador desde el pié del altar, lo mismo que desde el fondo de su pesebre y de lo alto de la cruz: *Ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho, vosotros tambien hagais* ⁴? Ofrecámonos, pues, á Dios en este dia con la gran Víctima

¹ Exod. xiii.

² In Matth. xvii, 11, pág. 696.

³ Butler, 2 de febrero.

⁴ Joan. xiii, 13.

del mundo; ofrezcámosle nuestros dos óbolos, nuestro cuerpo y nuestra alma. Nuestro sacrificio, por pobre que sea, unido al del divino Mediador, no será desechado. Empero, al ofrecer el holocausto, guardémonos de incurrir en el delito de rapiña, esto es, de reservar una parte de nuestras afecciones al pecado y á las criaturas.

Ahora, pues, seamos francos; ¿nos hemos ofrecido alguna vez á Dios sin la menor reserva ni participacion? Corazon mio, ¿á quién perteneces hoy, ahora, en el instante mismo en que leo estas líneas? ¡Pobre corazon! ¡tal vez has servido de víctima consecutivamente á todos los dioses profanos!... ¡Quizás, hasta el presente, todo para tí ha sido Dios menos el mismo Dios!... Ha llegado la hora del arrepentimiento; solo á Dios pertenecerás desde ahora y para... para siempre, ¿no es verdad? No temas, serás bien recibido: tu Dios no mira lo que has sido, sino lo que eres y lo que quieres ser.

El divino Niño quiso ser presentado en el templo por manos de su santa Madre. Roguemos, pues, tambien á María que se encargue de presentarnos á Dios; porque ella es el conducto de las gracias. ¿Puede darse idea mas propia para inspirarnos una entera confianza en su poderosa mediacion? ¿Qué cosa pudiera Dios negar á María en este dia en que le hace el sacrificio mas heróico que puede imaginarse? Decid á una madre: se necesita una víctima para salvar á una ciudad próxima á perecer. Se te pide tu hijo querido, el único objeto de tu amor, el cual tendrá que ser insultado, azotado, condenado á muerte y clavado en una cruz; ¿quieres darlo? Pongo por testigos á todas las madres; ni una sola habria que no prefriese morir en lugar de su hijo, ninguna que no rechazase con toda la energía de su amor semejante proposicion. Y sin embargo, María, la dulce María, la madre mas tierna del hijo mas querido accede á la demanda del Padre eterno, y le ofrece su Hijo: hé aquí el sacrificio que hace en este dia. ¿Y es de creer que el Dios justo y bueno que recompensó tan largamente el sacrificio figurado de Abraham, será avaro con María? ¿podrá cerrarle sus oidos y su corazon cuando le pida algo por nosotros? Impiedad seria al pensarlo, blasfemia el decirlo.

III. Encuentro de los santos ancianos.—El tercer misterio que nos recuerda el dia 2 de febrero es el encuentro del anciano Simeon y de la profetisa Ana con Jesús y sus padres en el templo. María habia consumado su sacrificio, pues que habia dicho á Dios: Os ofrez-

co mi Hijo, que es tambien Hijo vuestro. Al ir á bajar las gradas del templo para emprender otra vez el camino de Nazareth, le sale al encuentro un anciano, Simeon el Justo, que esperaba y deseaba ardentemente la venida del Redentor de Israel, y á quien Dios habia prometido no sacarle del mundo sin haberle mostrado el Deseado de las naciones. Simeon tomó en sus brazos al divino Niño, le bendijo, y devolviéndolo en seguida á su Madre, entonó este hermoso cántico: «Ahora, Señor, puedes despedir á tu siervo. Moriré «en paz, segun tu palabra, porque mis ojos han visto tu Salvador, «el Salvador que has preparado ante la faz de todos los pueblos para «que sea su lumbré y la gloria de tu pueblo Israel¹.»

Dínos, ó María, ¿cuales fueron los sentimientos de tu corazon maternal al oír las bendiciones y las magnificas profecias del santo anciano? Tierna Madre, tus alegrías serán muy poco duraderas. Simeon prosigue de esta suerte: «Este Niño ha venido para salvacion «y para ruina de muchos de Israel; y para señal á la que se hará «contradiccion. Y una espada de dolores traspasará ¡oh María! tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones².» Y ¡qué pensamientos! Ya los sabrás algun dia, ó tierna Madre, en el huerto de los Olivos, en Jerusalem, en la via Dolorosa, y en el Calvario.

María, llena de resignacion, habia recibido á su Hijo en los brazos, é iba á retirarse, cuando una santa mujer vino tambien á proclamar las grandezas de Jesús. Habia entonces en Jerusalem una profetisa llamada Ana, hija de Phanuel, mujer ya anciana y viuda, que solo habia vivido siete años con su marido. Esta verdadera israelita pasaba la vida en el templo orando, ayunando y haciendo buenas obras: el Espíritu de Dios estaba en ella. En cuanto hubo oido el cántico de Simeon, se puso tambien á alabar al Señor, y á hablar de Jesús á todos los que esperaban la salvacion y la redencion de Israel.

¡Dichosos ancianos! nosotros ambicionamos vuestra suerte. Vosotros encontrásteis al Salvador del mundo, le visteis, proclamásteis sus alabanzas. Por nuestra parte, si queremos gozar de igual felicidad, dejémonos conducir por el Espíritu de Dios; vamos al templo, donde hallaremos á Jesús y á María. Allí podremos gozar de su pre-

¹ Luc. II, 29.

² Ibid.

sencia y de su conversacion, y despues hablarémos de ellos á todas las almas fieles que esperan gimiendo la salvacion de Israel, el consuelo de sus penas, y la gloria de la Religion.

IV. Origen de esta fiesta.—La fiesta de la Purificacion se llama vulgarmente la *Candelaria*, con motivo de las velas que se encienden durante los oficios de este dia. La institucion de esta fiesta y de la ceremonia de las velas encendidas es una nueva prueba de la sabiduria de la Iglesia. En el mes de febrero, Roma pagana celebraba las fiestas denominadas *Lupercales* en honor de Pan, dios de los pastores, cuyo culto habia introducido en Italia el príncipe Evandro, el cual le consagró la célebre caverna llamada *Lupercal*, situada al pié del monte Palatino, en la que Remo y Rómulo fueron criados por la loba, y donde hoy dia está edificada la iglesia de *Santa Maria de la Liberacion*. Muy de mañana, los sacerdotes de Pan, llamados *luperci*, iban al templo del dios, é inmolaban un perro y varias cabras blancas; luego se quitaban los vestidos, y tomando unas correas de piel de cabra, corrian como insensatos por la ciudad golpeando con las correas á cuantos encontraban al paso, sobre todo á las mujeres, que lo deseaban vivamente, teniéndolo á particular favor. Esta ceremonia tenia por objeto, segun ellos decian, la purificacion de la ciudad, de donde dimanó el nombre del mes de febrero, *februarius*; porque *februa* significaba entre los romanos sacrificios de purificacion. Tales eran las fiestas de aquella Roma tan ufana de su civilizacion.

Todavía quedaban marcados vestigios de ellas á fines del siglo v; porque empezaba ya á discurrir el siguiente (año 512) cuando el emperador Anastasio abolió enteramente el infame sacerdocio del dios Pan. Ya en el año de 496 el papa Gelasio habia hecho cuanto estaba en su mano por suprimir las ceremonias harto culpables de las *Lupercales*¹. Á este fin instituyó la fiesta de la Purificacion de la Virgen Maria, oponiendo de esta suerte una purificacion real y unas expiaciones verdaderamente santas á las impuras expiaciones de los paganos². De Roma pasó esta fiesta algunos años despues á Constantinopla, donde se celebró con una pompa y un fervor extraordinarios para implorar la cesacion de la terrible peste que causaba diariamente cinco mil víctimas en aquella ciudad³. Sin embargo, cons-

¹ Baron. ann. 496.

² Baron. *Not. ad Martyrol.* 2 febr.

³ Procop. *De Bell. persic.* lib. II.

ta por varios monumentos que la fiesta de la Purificacion era ya anteriormente conocida en algunas iglesias particulares, de manera que su primitiva institucion se pierde en la oscuridad de los tiempos¹.

En cuanto á la procesion que se hace en este dia con velas encendidas, debemos buscar su origen antes del siglo vi. Establecióse para oponer una ceremonia edificante y verdaderamente útil á otra ceremonia pagana llena de supersticiones y desórdenes, que los romanos designaban con el nombre de *fiestas amburbales*², fiestas ridículas que se celebraban cada cinco años recorriendo las calles y plazas de Roma con hachones encendidos. Los romanos, despues de haber sometido á su imperio todas las naciones de la tierra, les impusieron un tributo que se pagaba cada cinco años despues del censo quinquenal. Una vez el dinero habia ingresado en el erario de la República, consagrábase el mes de febrero á recorrer la ciudad con hachas encendidas en honor de los dioses infernales, á quienes los romanos se creian deudores de la conquista del mundo. Los Sumos Pontífices abolieron esta fiesta con otra festividad. El dia 2 de febrero el pueblo y el clero hacian una magnífica procesion en que brillaban millares de antorchas, y en que millares de voces cantaban por las calles de la ciudad eterna las alabanzas del verdadero vencedor del mundo y de su augusta Madre, de aquel Dios del Calvario que habia dado á Roma, en vez del imperio de la fuerza, el imperio mas glorioso, mas vasto y poderoso de la fe; y el pueblo entero, saliendo de la iglesia de San Adrian, encaminábase á Santa Maria la Mayor, donde se festejaba á Maria y á su Hijo Jesús por todas sus victorias³.

Las luces que se encienden en la procesion, ó durante la misa, y que brillan por la noche en nuestros templos, son tambien una reminiscencia de las siguientes palabras del cántico de Simeon: *Este Niño será la luz de Israel*. Entonces cada fiel, con su vela encendida en la mano, recuerda las disposiciones de viva fe y ardiente caridad con que debe irse al encuentro del divino Cordero: ¡tierno símbolo

¹ Véase Benedicto XIV, pág. 442, n. 13.

² Ambire urbem.

³ *Quam lustrandi consuetudinem congrue et religiose christiana mutavit Religio; cum eodem mense, hoc est hodierna die, in honore S. Genitricis et perpetuæ virginis Mariæ non solum clerus, sed omnis plebs Ecclesiarum loca cum cereis et diversis hymnis lustrantibus circumeant.* (S. Idelfon. 7 *Secl. Script.* t. XII; Bibl. PP. p. 589).

que nos da á todos ancho campo para hermosa y sublime meditacion! ¿Lo hemos meditado sériamente alguna vez? Si debiéramos contestar al momento, á buen seguro que tuviéramos que decir: *No*. Pero mañana podremos decir *Sí*, ¿no es verdad?

V. Disposiciones para la fiesta.—Si queremos celebrar útilmente la fiesta de este dia, procuremos penetrarnos bien de los tres misterios que nos representa. Admiremos la profunda humildad de la Virgen santísima, implorémosla, y sobre todo esforcémonos en imitarla: sea esta virtud, base y guardadora de todas las demás virtudes, el objeto constante de todas nuestras oraciones y meditaciones, ahora sobre todo que el mundo perece por causa del orgullo y del espíritu de independencia. Contemplemos el celo generoso y solícito del niño Jesús: roguémosle que encienda este celo en nuestros corazones; lloremos de ver que tenemos tan poco, precisamente ahora que tenemos tantas ocasiones y tantos motivos para ejercitarlo. Por último, tomemos parte gozosamente en la felicidad de Ana y de Simeon; aprendamos con su ejemplo á anteponer á Dios y su gracia á todas las demás cosas, y pidámosle encarecidamente que nos despegue de todo lo que no sea él.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber inspirado á vuestra Iglesia la institucion de la fiesta de la Purificacion; hacednos la gracia de que imitemos los bellos ejemplos de humildad y obediencia que Jesús y María nos dan en tal festividad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *purificaré cuidadosamente mis intenciones cuando vaya á la iglesia.*

LECCION XXXII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Misterios de la santa infancia.—Sabiduría de la Iglesia.—Misterios de la vida pública de nuestro Señor.—Obligacion de imitar á Jesús penitente.—Contestacion á las objeciones del mundo.—Necesidad general de la ley de la abstinencia.—Preparacion para la Cuaresma.—Septuagesima, Sexagesima, Quincuagesima.—Oracion de las Cuarenta horas.—Miércoles de Ceniza.—Penitencia pública.—Cuatro órdenes de penitentes.

I. Misterios de la santa infancia.—Así como la primavera siembra la tierra de flores, así la Iglesia ameniza la triste y fria estacion del invierno con las santas fiestas, que vienen á ser otras tantas flores en la vida del pueblo cristiano. Navidad, los santos Inocentes, el dia del año nuevo, los Reyes, ¡qué série de dias tan alegres! El mundo celebra tambien sus fiestas en la estacion de los frios: los festines, las danzas, los teatros y otros ruidosos placeres se suceden, y atraen continuamente á sus apasionados. Empero las fiestas del mundo, fuente de disipacion y con harta frecuencia de inmoralidad, excluyen á una gran parte de la sociedad, porque los pobres no pueden participar de ellas; al revés de las fiestas cristianas, á las cuales son admitidos y convidados todos los hijos de la gran familia, y donde cada uno disfruta, no segun su ciencia, dignidad ó riqueza, sino segun la pureza de su corazon. Bajo este respecto las fiestas cristianas son altamente sociales; y lo son tambien en cuanto tienen por objeto aumentar la felicidad del hombre haciéndolo mas bueno, pues no hay virtud que no le prediquen, ni sentimiento honroso que no le infundan, ni leccion saludable que no le enseñen.

Asi pues, durante el Adviento, la Iglesia emplea sucesivamente el lenguaje de Isaías y de Juan Bautista para despertar en el corazon del hombre el sentimiento de la esperanza. Rey destronado, desterrado, proscrito, dice al género humano, no te queda mas que un solo bien, y este bien es la esperanza. Espera, pues, desea, suspi-

¹ Cuadro poético de las fiestas, pág. 78.